

E L A R T E D E EDUARDO CHICHARRO

Por MANUEL PRADOS LOPEZ

LA muerte de D. Eduardo Chicharro ha sorprendido a muchos, sobre todo a aquellos que mejor conocían al maestro. La vitalidad artística de éste, su vocación indeclinable y la magnitud de sus proyectos nos alejaban de la idea del tránsito. Ya está definitivamente cerrado el ciclo de superaciones estéticas de Chicharro. Después de la sorpresa viene la meditación, la glosa de homenaje, que no es obligada, ni circunstancial, sino testimonio oportuno de la fiel admiración que inspiran la vida y la obra del gran pintor de España.

*Chicharro, nada más y
nada menos que pintor*

Se ha dicho muchas veces de Chicharro que fué el pintor estudioso por antonomasia, tal vez el pintor más estudioso de nuestro tiempo: estudioso desde un punto de vista integral-

mente pictórico; es decir, no estudioso en el sentido polifacético y superficial en que muchos artistas apetecen saber, sino en un sentido austero, absolutamente profesional, hondo y obstinado. De no haber estudiado así, Chicharro no hubiera llegado a ser el pintor más consciente y más exigente de las aptitudes propias, el de más desarrollo espiritual crítico y el de más profundos conocimientos de su oficio.

El estudio en Chicharro es lo que más influye acaso para la revelación de su personalidad auténtica. Es sabido cómo tuvo que trabajar, en sus comienzos, sometido a una disciplina tradicional de persistencia en el dibujo, de la cual el maestro nunca renegó por anticuada. Y a nadie se le oculta que Chicharro no era un rutinario, sino el pintor más extraño a la rutina.

Después, ya en la Escuela de San Fernando, donde ingresó no como un niño prodigio, sino como un muchacho trabajador y perseverante, que llevaba bien aprendido lo fundamental de su carrera, el estudiante discrepó de los tópicos pedagógicos al uso; pero no se rebeló contra la autoridad de ninguno de sus profesores, ni consideró innecesario ningún consejo, por distante que estuviese del propio sentimiento. Al contrario, Chicharro siguió siendo voluntariamente alumno de la Escuela, después de poseer el título que lo emancipara de la rectoría del dómine oficial.

Chicharro no se distingue como estudiante. ¿Cómo se muestra tan estudioso en las asignaturas fundamentales para el pintor y en las indispensables para una formación artística ancha y profunda? Es que Chicharro se siente pintor: nada más y nada menos que pintor, desde el principio de su carrera. No es que desdeñe ningún conocimiento útil: es que necesita todo su tiempo para pintar, para aprender a pintar,



D. EDUARDO CHICHARRO

para conocer todos los antecedentes de la pintura en el mundo, para estudiar a los dignos de estudio, para compararse con colosos, para valorizar y revalorizar en su concepto las grandes figuras españolas, para aprender su oficio con minuciosidad de artesano, con pasión de alquimista y con un desvelo artístico ejemplar.

El es un pintor: nada más y nada menos que un pintor español del siglo xx. Sabe a cuánto le obliga su existencia y su presencia en un momento crucial de la pintura española: cuando Rosales desaparece. Al empezar a pintar descubre que sus trabajos de adolescente, penosos, repetidos, poco estimulantes de la ilusión artística, no han de ser ineficaces, ni negativos, sino de una positiva vigencia para los años de aprendizaje, los de magisterio, los del éxito y los de la gloria. Claro que su experiencia se irá formando en la eliminación de ciertas normas y ciertos preceptos ramplones, consuetudinarios o simplemente empíricos. Chicharro es un pintor luminoso, superdotado, inteligente, analítico, evolutivo, enemigo del empirismo por propia estimación y por puro amor a la pintura y a lo español en pintura; esto es, a la pintura española. A pesar de ello no adula la memoria de los pintores españoles de fama mundial, sino que los estudia con un raro amor de artista, con un amor nuevo y casi doloroso.

Luego viaja mucho y con talento: siempre observador, siempre comparando y comparándose. En ocasiones se reconoce sumamente pequeño. Otras veces se siente impulsado por la grandeza que lo impresiona. Estudia, estudia siempre: estudia como cuando copiaba ojos, narices y bocas con una vocación de servicio a la dificultad. Estudia, aunque ya liberado de preceptivas ahormadoras. Siente la necesidad de aprender «directamente» lo que nadie le ha enseñado, ni le enseñará.

con palabras habladas o escritas. Chicharro ha guardado en su cerebro y en su corazón todo lo aprendido con más o menos morosidad, con más o menos reparos. Sabe lo que es cierto y lo que no lo es: entrevé la verdad y busca sus razones. Cuanto ha seleccionado de lo aprendido es puesto, fielmente, al servicio de la verdad artística española. Así y no de otro modo había de cooperar al engrandecimiento del arte español un pintor como Chicharro —nada más y nada menos que pintor—, que no podía contentarse con aprender mucho de pintura, ni aun siquiera con dominar su oficio, ni con descubrir combinaciones, efectos, síntesis, sino que tenía que proyectar la propia luz al pasado y al futuro español, servir de nexo, enseñando lo aprendido y experimentado, en la historia de nuestra pintura. Para ello había de ser, además de maestro eminente, maestro de maestros. O lo que es igual, no le bastaba ser «nada más que pintor»; necesitaba ser también «nada menos que pintor».

«El Alguacil Mayor de Avila»

Chicharro pinta en el verano de 1944, durante su estada de merecido reposo anual en Avila, «El Alguacil Araújo», lienzo maravilloso, que sorprende a los íntimos, ya trasladado al estudio de la calle de Bárbara de Braganza, en Madrid, donde la fama del nuevo cuadro cunde en tertulias, exposiciones y academias con la simpatía del caso prodigioso y el incentivo de una sorpresa garantizada por la ejecutoria del artista. Chicharro tiene acostumbrados al público y a la crítica de más de medio siglo de arte español a las superaciones desconcertantes y a las evoluciones discretas o

audaces. «El Alguacil Araújo» colma, sin embargo, todos los antecedentes. Es un ejemplo máximo de maestría, de continuidad pictórica sabia e ilusionada. Chicharro ha cumplido los setenta años, posee todas las recompensas imaginables, ha triunfado en todos los tiempos y al través de todas las dificultades apetecidas o buscadas por el propio luchador. ¿A qué aspira con su nuevo cuadro cumbreño y españolísimo? ¿Puede superar cada uno de sus triunfos anteriores y la suma de todos ellos? Puede. «El Alguacil» ha sido sugerido por Castilla, donde tantas obras magistrales ha soñado y realizado el maestro. «El Alguacil» es un resumen de los conocimientos de Chicharro: un cuadro sencillamente magistral y demostrativo, pintado sin preconcebido propósito de alcanzar una nueva meta impresionante. Pero es un cuadro pintado con amor, con vocación viva, con inteligente dominio de aptitudes magníficas: es un cuadro de juventud y de experiencia a la vez. A tales extremos llega el pintor en sus ocios veraniegos. Castilla es incansable, como él.

No sabemos si sería oportuno encasillar «El Alguacil» en la tercera etapa cifrada por Chicharro (hijo) en su cuadro sinóptico de conclusiones artísticas, al final de su conferencia «Tres aspectos en la pintura del maestro», pronunciada en mayo de 1944, en el Museo Nacional de Arte Moderno. Desde luego, la obra cimera reúne todas las cualidades anotadas en el referido cuadro: es un paradigma de la clasificación. Por otra parte, alguien podría resistirse a comparar «El Alguacil» con otros cuadros de la misma época. De cualquier forma, hay que reconocer que D. Eduardo Chicharro revalidó sus triunfos y sus recompensas, sus méritos y sus afanes en una obra definitiva, perdurable, que pide sitio en la teoría gloriosa de cuadros españoles. El maestro acertó una vez más, haciendo

resaltar su acierto entre los muchos de su brillante carrera.

¿En qué estriba la excelencia de «El Alguacil» y su ejemplo aleccionador? ¿En el trasunto fiel y extraordinario de una figura arquetipo? ¿En la maestría del dibujo, en la captación de matices, en la simplificación de los medios materiales expresivos, en la composición —antiguo desvelo del artista—, en la armonía entre la figura y su ambiente? En todo eso y en algo más: en la plenitud de los elementos acopiados y en esa unidad de lo perfecto en arte, que semeja redundada del triunfo de lo subjetivo en lo objetivo.

«El Alguacil Araújo» fué expuesto con los máximos honores en el Museo Nacional de Arte Moderno, por iniciativa de la Asociación de Pintores y Escultores. La importancia de dicha Exposición y su sentido exhaustivo de homenaje nacional selecto quedaron reflejados en el folleto editado en abril de 1945 con un resumen de juicios críticos eminentes, de un valor antológico incalculable. «El Alguacil Mayor de Avila» confirmó un prestigio, jalonó una ruta, en las cumbres, con piedra extraordinaria, y tuvo la virtud de unir a quienes admiraban a Chicharro. La bondad y la justicia no se alejan del hombre tanto, ni para siempre.